

La función de las teorías en la Ciencia Política¹

The role of theories in Political Science

Fernando BARRIENTOS DEL MONTE

Sumario: 1. Introducción; 2. Validez y pertinencia de las teorías en las ciencias sociales; 3. El rol de las teorías en la Ciencia Política; 4. Las teorías en “competencia” en la Ciencia Política; 5. Problemas del desarrollo de las teorías en la Ciencia Política; 6. A manera de conclusión; 7. Bibliografía.

Resumen

¿Cuál es la función de las teorías en la Ciencia Política? En las últimas décadas en la Ciencia Política han predominado las teorías de alcance medio, la subteorización y la formulación de hipótesis de trabajo como estrategia para la investigación empírica. Si bien se ha logrado mayor cientificidad, el costo es el abandono de las teorías de amplio alcance y el alejamiento —casi divorcio— de la filosofía política. El trabajo de teorización es importante porque estabiliza las explicaciones fundadas en observaciones empíricas, metodológica, técnicamente estructuradas, y las configuran como un conocimiento estable y lógicamente estructurado. También permite evaluar los avances de una ciencia y ubicar sus aportaciones en un contexto histórico y global. A partir de una evaluación sucinta de dos perspectivas predominantes, el institucionalismo y los neoinstitucionalismos, este artículo trata de responder a dos preguntas: ¿cuál es el rol de las teorías en la Ciencia Política y el balance que debiera hacerse en este sentido? y ¿en qué medida las teorías nos permiten observar la consolidación o no de la disciplina?

Palabras Clave: teorías, teorización, Ciencia Política, epistemología, institucionalismos.

Abstract

What is the role of theories in Political Science? In recent decades, Political Science has been dominated by medium-range theories, under-theorizing and the formulation of working hypotheses as a strategy for empirical research. While greater scientificity has been achieved, the cost is the abandonment of wide-ranging theories and the distancing —almost divorce— of political philosophy. The work of theorization is important because it stabilizes explanations based on empirical observations, methodologically and technically structured, and configures them as stable and logically structured knowledge. It also makes it possible to evaluate the progress of a science and to place its contributions in a historical and global context. Based on a brief evaluation of two predominant perspectives in Political Science, institutionalism and neoinstitutionalism, this article attempts to answer two questions: what is the role of theories in Political Science and the balance that should be made in this regard; and to what extent do theories allow us to observe the consolidation or otherwise of the discipline?

Key words: theory, theorizing, Political Science, epistemology, institutionalism.

¹ Recibido: 3 de abril de 2025

Dictaminado: 3 de mayo de 2025



I. Validez y pertinencia de las teorías en las ciencias sociales

En el prólogo a la primera edición de *El Capital*, Carlos Marx señalaba que el análisis del valor, cuyo cuerpo definitivo es el dinero, había sido siempre un tema difícil de comprender por la humanidad por más de dos mil años, y no podía ser entendido por las técnicas de análisis más sofisticadas. Para el análisis de las formas económicas —señalaba— “el único medio de que disponemos es la capacidad de abstracción” (Marx, 1959 [or. 1894], p. XIII). De esta manera Marx ponía en primer término el trabajo reflexivo que desemboca en la teoría, en su sentido más puro, como el perfil de conocimiento superior a las “sutilezas” de los análisis basados solamente en la técnica. Esta manera de comprender la sociedad, y la teoría como el pináculo del hacer de las ciencias sociales, se mantuvo vigente probablemente hasta finales del siglo xx. Todavía en 1975 Paul Feyerabend (p. 49) recordaba a David Hume, para quien las teorías no podían derivarse de los hechos, pues ello significaría quedarnos sin teoría, sin reflexión. Ninguna teoría es consistente con los hechos, y toda ciencia debería abandonar esa pretensión, pues el objetivo de la ciencia es precisamente elegir entre teorías que han sido falseadas y las que no, en términos de Karl Popper.

En la actualidad existe un desplazamiento del trabajo teórico en las ciencias sociales (Swedberg, 2016) y de manera específica en la Ciencia Política. La teorización se considera una actividad alejada de la investigación social, e incluso subvalorada. En las últimas décadas esta tendencia es más pronunciada en la Ciencia Política que se ha encaminado a la subteorización, a adoptar teorías de alcance medio, e incluso a trabajar sólo con hipótesis, técnicamente más fáciles de falsear y que no requieren mayor grado de dificultad intelectual que elegir adecuadamente la relación entre variables dependientes e independientes. La creación de grandes teorías prácticamente es un objetivo secundario, a veces olvidado e incluso incompatible con la Ciencia Política dominante, más orientada a formular hipótesis sobre muestras empíricas reducidas, con bajo impacto. Si bien este modelo de hacer ciencia ha permitido a la Ciencia Política avanzar, pues la «suma de pequeños pasos» le ha permitido recorrer grandes distancias, también es obvio que la mirada sobre el amplio camino andado es también una tarea que se debe acometer. ¿Cómo saber si las pequeñas hipótesis que han orientado la investigación empírica han creado una teoría de la política, o si más bien si se han apartado de las grandes explicaciones y solo cuentan como explicaciones parciales sobre la política? A partir de estas consideraciones, en este



ensayo se trata de explicar la creciente adopción de la subteorización en la Ciencia Política y se contrasta esta tendencia con la importancia de la teorización para la misma disciplina, con el objetivo de responder a las preguntas: ¿en qué medida las teorías nos permiten observar la consolidación o no de la disciplina? y ¿cuál es el rol de las teorías en la Ciencia Política y el balance que debiera hacerse en este sentido?

Desde la década del cincuenta del siglo xx y hasta las primeras décadas del siglo xxi las ciencias sociales entraron en un proceso acelerado de progreso sin precedentes. Dentro de ese periodo la Ciencia Política probablemente es una de las más beneficiadas, pues a pesar de las dificultades que se ha enfrentado para afirmarse como una empresa científica, ya en el siglo xxi tiene un lugar propio. Este progreso se observa tanto en sus aspectos externos tales como instituciones de docencia, programas de estudio, centros de investigación, asociaciones científicas, libros, revistas especializadas, congresos, y demás. Así como en su estructura interna, es decir, sus objetos de estudio se han ampliado, sus teorías se han relativamente autonomizado de las teorías hermanas como las sociológicas y antropológicas, aunque no tanto de las teorías derivadas de la economía y los estudios organizacionales; pero los métodos y las técnicas de investigación ya son un campo en sí de especialización politológica, lo que ha impactado positivamente los procesos de investigación, la presentación de los resultados y sus impactos.

Pero todo avance tiene sus contradicciones. En 1972 Stanislaw Andreski observaba que el crecimiento de las ciencias sociales en sus aspectos externos, como las revistas científicas, había creado una avalancha de retórica hueca y una escasez de ideas nuevas, y que las aportaciones antiguas y valiosas de los antecesores estaban siendo ahogadas en un torrente de verborrea sinsentido y sutilezas inútiles. Para Andreski ello se podía corroborar cuantitativamente, pues más de 90 por ciento de la investigación social de ese momento era, desde su punto de vista, un rebuscar de cosas que ya habían sido descubiertas desde hace años, y que uno de los problemas era que se centraban en cuestiones más técnicas que en la sustancia. La Ciencia Política padecía la misma condición, pero en el siglo xxi la situación ha cambiado, como lo muestran los numerosos análisis sobre el estatus de la Ciencia Política contemporánea (cfr. Barceló, Paik, der Windt, Zhai, 2025), si bien, prácticamente se privilegia el criterio numérico sobre cualquier otro, gran parte de la producción científica politológica es de orientación empírica con fuerte acento en las técnicas de análisis, mientras que la teoría, la



teorización y la revisión de la literatura quedan muy atrás. Es decir, lo que ha sucedido es un proceso inverso, dado el maremágnum de datos en los cuales navegan las ciencias sociales, la Ciencia Política está utilizando las técnicas de análisis para ‘pescar’ evidencias empíricas, «ya no tanto para rebuscar cosas» sino con la intención de descubrir nuevas. Qué tanto se ha logrado avanzar siguiendo esta ruta en detrimento de otras, ha sido en los últimos años uno de los temas más álgidos de la Ciencia Política. Para algunos este camino ha llevado a la ciencia a la irrelevancia y a la pérdida de horizontes (vg. Sartori, 2004; Cohn, 1999), para otros, a pesar de los avances prometedores de una ciencia más cuantitativa, aún la Ciencia Política no es tan científica (vg. Colomer, 2006; Taagepera, 2008)

Empero, la evaluación de los avances de las ciencias sociales no debe basarse exclusivamente en criterios numéricos de sus factores externos (como el número de artículos y las citas), que en sí es significativo, pero dice poco de la sustancia. Son los aspectos internos, como las teorías, métodos, técnicas y resultados los que validan su potencial. Una ciencia se define por tener un objeto u objetos de estudio centrales, por el uso sistemático del método y las técnicas de análisis científico, y por un conjunto de teorías que interpretan la “realidad” estudiada y orientan sus preguntas de investigación. Avanza en la medida que sus investigaciones amplían el conocimiento sobre un campo de interés, ello regularmente se observa en la aplicación de esos saberes, pero también en la capacidad de generar nuevos conocimientos que permitan “comprender” e “interpretar” y, en la medida de lo posible, “prever” determinados fenómenos a partir del saber acumulado. Este es precisamente el rol de las teorías en las ciencias.

Actualmente sabemos más de cómo funciona la política porque la Ciencia Política ha validado empíricamente muchos de los presupuestos del pensamiento antiguo y moderno, que se formularon como postulados teóricos. Por ejemplo, que las formas de gobierno y los regímenes tienden a degradarse por causas internas más que externas, como observaron en su momento Aristóteles y Polibio, pero también Maquiavelo, Hobbes y Grocio; también conocemos que existen mecanismos institucionales que pueden evitar esta degradación, los cuales pueden implementarse dentro de los regímenes, como señalaron Montesquieu y Locke; y que en las democracias tales mecanismos requieren del compromiso político (plural) para que sean duraderas como escribió Tocqueville. Las teorías bien desarrolladas, duraderas, sólidamente estructuradas, que permitan extraer hipótesis de trabajo



empírico, son reflejo de la madurez de una disciplina y signan el estatus de una ciencia frente a otras. Son la clave para la comprensión de fenómenos empíricos, ya que la investigación fundada en la observación y la inferencia proporciona información de un cierto número de generalizaciones acerca de un fenómeno. La teoría (o teorías) sistematiza ese conocimiento, lo integra en un marco lógico, y de este modo ofrece una mayor comprensión de los fenómenos al presentarlos de manera ordenada a partir de dos tipos de enunciados, unos internos que sientan los postulados básicos, y otros que pueden considerarse como reglas de correspondencia y que dotan de sentido y contenido a las interpretaciones que derivan de la observación de fenómenos determinados (Hempel, 1979, pp. 281-285). Esta es una concepción estándar de la teoría científica que puede diferir dependiendo el campo de conocimiento, pero en tanto tal, ninguna concepción se aleja radicalmente de esta.

Pero ninguna ciencia se desarrolla en torno a una sola teoría, antes bien se caracteriza por la multiplicidad teórica. Existen tres enfoques que permiten observar a las teorías: a) el paradigmático, que presupone que la ciencia se desarrolla en torno a un paradigma adecuado que combina teoría, métodos y pautas, una mezcla indisoluble a la manera de Thomas Kuhn; b) el anarquismo o hiperpluralismo, que supone un escepticismo constante ante las verdades dadas por lo que se promueve la búsqueda de explicaciones desde diversos sectores de conocimiento a la manera de Feyerabend; y c) una postura intermedia, que busca las compatibilidades y las diferencias sin suponer que existe una perspectiva mejor que otra (Della Porta y Keating, 2013, p. 46). Esta última perspectiva es la que predomina actualmente en la Ciencia Política, pues está estrechamente relacionada con la comparación como método implícito en toda la disciplina. Las teorías tienen relevancia para que el conocimiento científico de la política permanezca, estabilizan las explicaciones fundadas en observaciones empíricas, metodológica y técnicamente estructuradas, y las configuran como un conocimiento estable y lógicamente estructurado.

2. Validez y pertinencia de las teorías en las ciencias sociales

En las ciencias sociales, las teorías científicas se circunscriben a sus campos de orientación, esto es, a las estructuras de referencia. Las teorías son esquemas ordenados que se construyen dentro de un marco sintáctico determinado, o sea, un dominio específico y sólo se revelan como aplicables en



la medida que la diversidad y multiplicidad de la realidad se sometan a ellas. Se exige que la estructura de las teorías se adecúe a sus objetos de estudio y estos a las teorías, sobre esta base, la construcción del conocimiento se funda sobre el análisis de esta relación. La observación controlada, desde esa plataforma, de comportamientos o fenómenos sociales, son el fundamento empírico sobre el cuál las teorías formulan enunciados o generalizaciones que pueden ser a su vez controlados (Habermas, 1978, pp. 57-69). A esta dinámica se le exige neutralidad valorativa, en el sentido que tales generalizaciones no pueden ser consideradas ni verdaderas ni falsas *a priori*. Explicadas así, las teorías parecen “jaulas de hierro”, sus formulaciones se configuran como un sistema que describe y explica, pero al mismo tiempo se relaciona con la realidad a partir de sus postulados permitiendo observar sólo aquello que previamente ha estipulado. Si las teorías determinan aquello que una ciencia debe observar, sea por su misma sistematicidad y por su especificidad que le da identidad frente a otro tipo de conocimientos, entonces ¿de qué manera se observa el desarrollo de una ciencia?

Todavía a principios del siglo xx, se pensaba que las teorías de las ciencias sociales debían seguir —de manera irrestricta— el modelo de ley o postulado nomotético que derivaron de las ciencias naturales, es decir, sus formulaciones debían ser formales, al mismo tiempo evidentes, prácticamente intuitibles de manera inmediata, ya que sería la única manera de llevar a cabo inferencias acerca de procesos no observados de modo directo y como una condición de dominar mentalmente la complejidad de la vida social (Weber, 1973, pp. 76-77). Ello tuvo influencia, por ejemplo, en las teorías económicas, al grado que es innegable que sus formulaciones pueden ser expresadas de manera formal y/o cuantitativamente sofisticada, y sus resultados se asumen como deducciones con validez y determinación. También sabemos que esta sofisticación es “sólo” eso, que no hay leyes o postulados nomotéticos, pero si enunciados formulados como generalizaciones, y ello es suficiente para darle consistencia a un conjunto de conocimientos científico-sociales sobre determinados fenómenos, pero no se puede extender a la totalidad del conocimiento social. ¿Significa esto una renuncia abierta a formular enunciados nomotéticos? En parte sí, pero eso se discutirá más adelante.

Las teorías que orientan las explicaciones, y las aplicaciones o predicciones de una ciencia (Wallace, 1971, p. 90), en este sentido, son un “criterio de demarcación”, tienen alcances, pero también pueden ser falseables o refutables, es decir, por muy sistemáticas o fuertemente estructuradas que sean,



la realidad puede refutarlas, pero también la comunidad científica puede falsear sus postulados con la intención de ponerlas a prueba. Pero no todas las teorías pueden someterse a esta dinámica con la misma intensidad y a sus probables resultados, porque también existen variaciones entre teorías: a) metafísicas, b) psicoanalíticas, c) teorías poco sofisticadas, d) teorías sofisticadas y e) abstractas. Pero sólo las dos últimas corresponden a la ciencia, precisamente porque pueden ser falseables, no como sistemas de creencias, sino bajo reglas metodológicas y racionales (Popper, 1977, pp. 56-58).

Así como se decide sobre la validez o pertinencia de una técnica o un conjunto de técnicas de análisis para estudiar un fenómeno a partir de diversas resoluciones, a veces no tan conscientes con la idea de alcanzar una mejor explicación, lo mismo sucede con la elección de una teoría, un marco teórico o un conjunto de autores. Si bien metodológicamente es recomendable que se elijan el marco teórico y las técnicas a partir del problema por analizar, lo cierto es que en ciencias sociales comúnmente se parte de manera contraria, la teoría define forma *mentis* tanto lo que se desea observar como el método. Esta elección no es parte de la lógica endógena de las ciencias sociales, sino de factores exógenos, tales como las preferencias ideológicas y científicas, u otros sesgos intelectuales no necesariamente negativos. Si la elección de una teoría depende de una preferencia individual y no necesariamente de su poder explicativo ¿cómo saber cuándo una ciencia avanza o retrocede?, es decir, ¿en qué medida la preselección de los fenómenos afecta a la misma ciencia? Por lo regular este es un trabajo de la filosofía y la sociología de las ciencias, pero también se puede observar en la autorreflexión continua dentro de las ciencias sociales, una práctica muy común en éstas más que en otras áreas del conocimiento, y en gran medida en las “aplicaciones” del conocimiento, es decir, una ciencia avanza en la medida en que sus teorías y métodos de análisis son sólidos y continuamente revisados, y también que, derivado de esos conocimientos, ofrece respuestas a problemáticas más cercanas a la sociedad.

Resumiendo, una teoría científica se diferencia del saber común, que es o puede ser acrítico, porque es contenedora de un saber cognitivo, y por esencia, es crítico. Como contenedoras de conocimiento describen situaciones y procesos, los explican, es decir, identifican las relaciones que les dan sentido, y (tentativamente) predicen sus posibles consecuencias y trayectorias. En la medida en que cumplen satisfactoriamente estas funciones, aumentan la confianza en las mismas. Tales funciones tienen implicaciones



para comprender el pasado, entender el presente social, y aquellas proposiciones que generan prospectiva de cómo podría suceder en el futuro. Estos alcances son simultáneos, ninguna teoría puede asumir que sólo explique a un tiempo, por ello su estructura interna contiene estructuras lógicas y al mismo tiempo de causalidad, esto es, el *explanandum* o preposiciones que describen el fenómeno a explicar, y el *explanans*, las preposiciones que se aducen para explicar el fenómeno. Ahora bien, existen al menos dos tipos de teorías según Kaplan, las “teorías jerárquicamente ordenadas”, cuyos componentes son presentados como deducciones de un pequeño grupo de principios lógicos, y las “teorías concatenadas” cuyos componentes entran dentro de una red de relaciones de modo que constituyen una configuración identificable o pauta (Kaplan 1964 citado por Wallace, 197, pp. 89-101). Ambos tipos de teorías cumplen la función de ser orientadoras de la investigación científica. El primer tipo de teorías en las ciencias sociales reciben mayor atención —y probablemente más en la Ciencia Política—, pero mal planteadas pueden generar sesgos. Mientras que el segundo tipo dependen del proceso explicativo e investigativo, y sus posibles sesgos dependen de los usos inadecuados de la metodología.

¿Cuándo una teoría es adecuada? La respuesta a esta pregunta va más allá de las teorías en sí, pues todas las teorías bien desarrolladas, explican, pero en las ciencias sociales el criterio de validez muchas veces puede diferir de la verdad científica cuando una teoría parte de una “verdad construida” con intencionalidad no científica. Este tipo de teorías, más cercana a las ideologías que a las teorías científicas, son aquellas que antes de conocer los hechos, ya construyen respuestas. Si bien presupuestos lógico-explicativos de esta naturaleza se pueden encontrar en las teorías jerárquicamente ordenadas, las “malas teorías” seleccionan sólo aquella información que fortalece sus componentes, y no modifican su estructura cuando sus presupuestos se someten a la falsación o la refutación y las “pruebas” cuestionan su validez. Tales teorías son difíciles de ‘excluír’ porque se integran al *corpus* de las teorías científicas no por sus méritos explicativos y predictivos sino porque pueden generar vínculos en una comunidad científica. Perduran y tienen influencia porque quienes la adoptan tienden a tener una actitud “dogmática” antes que una actitud crítica, este tipo de teorías son dañinas porque son el paso a la pseudociencia (Bunge, 1985, 77 y ss.). Si bien las teorías sólidamente construidas también pueden fomentar el dogmatismo, las teorías mal construidas desarrollan mecanismos de defensa no relaciona-



dos con los presupuestos de su lógica interna, sino hacia los sujetos que la pueden criticar y señalar sus falencias.

3. El rol de las teorías en la Ciencia Política

En la Ciencia Política las teorías desempeñan un rol esencial porque, primero, están estrechamente relacionadas con la observación e investigación empírica, y segundo, porque requieren estar suficientemente estructuradas para diferenciarse del conocimiento común de la política, el cual se desarrolla precisamente de manera «ateórica». Pero en las últimas décadas la Ciencia Política ha tendido a favorecer las investigaciones inductivas con fuertes componentes de análisis técnico, y se puede decir que el trabajo teórico ha perdido centralidad en comparación con la investigación empírica. Las razones son varias, y no es una señal de alarma, pues es un síntoma de madurez científica. Si las teorías son fuertes, entonces la investigación empírica puede ampliarse. Los problemas de esta inclinación son a) saber si la mera búsqueda y confirmación de relaciones de probable causalidad y su enunciación son suficientes para ampliar el conocimiento de la política; b) no hay seguridad de que se cumplan las reglas de correspondencia entre la vasta investigación empírica y las teorías ¿confirman, amplían, modifican o refutan las teorías existentes? y; c) ¿la investigación empírica es una perspectiva en sí misma en competencia con las explicaciones teóricas? En la Ciencia Política conviven los dos modelos de teorías señalados más arriba, el “jerárquicamente ordenado” es más cercano a una concepción deductivista, son las teorías que se inspiran por la filosofía y la teoría política normativa, y mientras que las “teorías concatenadas” podrían ser aquellas que se forman desde el proceso inductivo, aunque no es una clasificación estricta.

Reformulando el enunciado inicial, a la luz de los modelos interpretativos sobre las teorías en las ciencias ¿cómo podemos evaluarlas en la Ciencia Política? Es común que cuando aparece una teoría nueva en la Ciencia Política sea evaluada en contraste con las teorías con las cuáles pretende rivalizar, es decir, si ofrece mejores explicaciones que las ya existentes y si genera nuevas hipótesis que orienten la investigación. También se puede observar que las teorías se agotan, y ello se suele identificar cuando la misma comunidad politológica signa este momento precisamente con una evaluación crítica. Empero, debe señalarse que este proceso no es observado de manera externa. Es decir, el proceso de incorporación, desarrollo, auge, declive y —a veces— decadencia de las teorías en Ciencia Política



recibe poca atención de la misma comunidad politológica. A diferencia de las teorías en las ciencias naturales y sus derivaciones, las que se desarrollan en las Ciencias Políticas tienden a reaparecer. Mientras en otras áreas del conocimiento existe una especie de cementerio de teorías que sólo quedan como material para la historia, en la Ciencia Política existe un continuo proceso de reciclaje y de actualización. Existen muchas teorías que parecen abandonadas o en declive, pero a veces al presentarse un fenómeno político con características similares a aquellos del pasado, se tiende a incorporar el término “neo”, una manera de actualizar una teoría, pero también para diferenciar el fenómeno estudiado actual de sus predecesores. ¿Cómo entender esta dinámica? ¿En la Ciencia Política se suceden las teorías a la manera de paradigmas o compiten como programas de investigación?

Thomas Kuhn (1963) formuló la idea de “paradigma” para referirse a un conjunto de conocimientos y preceptos, incluso dogmáticos, que dan sentido a una ciencia. Pero el paradigma tiene dos acepciones, una amplia y otra estrecha. En la primera, es una empresa humana, esto es, la ciencia. Un paradigma científico se conforma de una comunidad de personas que ven a la ciencia como una empresa, delimitan no sólo sus objetos de estudio, sino también crean un lenguaje especializado, lo plasman en libros, en manuales y en su docencia, que son los vehículos que resguardan el conocimiento desarrollado, teórico, metodológico y técnico, y sientan las bases para continuarlo. Esa comunidad científica delimita un campo de conocimiento y lo hacen “exclusivo” para sí mismos, no es cerrado en absoluto, pero quien desee ser parte de esa comunidad, debe iniciarse en los preceptos que le dan sentido e identidad. A su interior se cultivan especialidades y campos, que rivalizan entre sí, pero esa ciencia alcanza la madurez en el momento en el cual un paradigma domina la actividad científica. La acepción estrecha refiere precisamente al paradigma que delimita conocimiento teórico, metodológico y técnico de manera rígida, incluso formal, y guía la explicación y el desarrollo de las investigaciones para que una comunidad amplíe a través de su actividad ese conocimiento dentro del campo previamente delimitado. De esta manera un paradigma para ser poderoso frente a otras explicaciones rivales debe ser rígido para poder sortear las posibles turbulencias a las que se exponga, lo que genera cierto dogmatismo, pero sin perder la flexibilidad para que, en la medida que avance el tiempo, todos aquellos fenómenos estudiados que pongan a prueba sus preceptos, sean incorporados como ajustes al paradigma y no necesariamente como refutaciones (Kuhn, 1963).



Imre Lakatos propone un marco de análisis más sofisticado a partir de la idea de los “programas de investigación”, que consiste en reglas metodológicas, esto es, la heurística negativa, que diseña el contenido a partir de principios, suministra una definición primaria e implícita del “marco conceptual”, y se convierte en el núcleo firme del programa. A partir de tales principios, se desarrolla la investigación y de sus resultados se crea un cinturón protector, estos es la heurística positiva, es decir, hipótesis auxiliares que reciben los impactos y las contrastaciones, defienden al núcleo firme y permiten ajustes y reajustes al mismo. “Un programa de investigación tiene éxito si ello conduce a un cambio progresivo de problemática; fracasa si conduce a un cambio regresivo” (Lakatos, 1982 p. 66) El núcleo firme, tiende a ser irrefutable en la medida que las hipótesis auxiliares que genera lo protegen en la medida que promueven un cambio teórico progresivo. Si bien el progreso teórico puede ser observado, no así sucede con el progreso empírico, y si el programa no genera un cambio consistente, puede generar frustración, pero también una derrota concatenada de hipótesis puede llevar a un resultado positivo si entre los procesos de refutación se van descartando hipótesis para llegar a una exitosa.

4. Las teorías en “competencia” en la Ciencia Política

¿Cómo valorar las teorías en Ciencia Política? Observadas como paradigmas dominantes en diversos periodos al modo de Kuhn, es posible notar que las teorías tienden a darle sentido a la disciplina y permiten notar sus avances porque sus falencias aparecen de manera exógena, e incluso muchas veces no generan cambios en las mismas. Las teorías que se formulan desde la Ciencia Política tienen menor atención crítica continua a diferencia de los temas y las técnicas de análisis. Las lecturas críticas son a *posteriori* y no necesariamente modifican sus estructuras internas ni generan cambios sustantivos en sus formulaciones ni mucho menos son abandonadas totalmente, salvo algunas excepciones. Es posible enlistar algunos de los momentos significativos cuando las críticas a determinadas teorías y perspectivas dominantes significaron un “avance” en la Ciencia Política, en el sentido de que trataron de cerrar una época para abrir otra. En 1951 la aparición de *The Political System* de David Easton implicó un parteaguas en la disciplina al criticar el institucionalismo dominante caracterizado por el hiperfactualismo y el formalismo y que significaban un lastre para el desarrollo de la disciplina. Desde ese momento la perspectiva sistémica, y el conductismo,



que había aparecido en los años 20 del siglo pasado, se convirtieron en el eje de la Ciencia Política, su dominio signó una época que abrió el camino a diversas investigaciones empíricas cuyos fundamentos teóricos se centraban en el estudio de las interacciones de personas y grupos en los procesos políticos y de gobierno. Concomitantemente el funcionalismo se fue insertando a través de una serie de trabajos con el objetivo de comparar amplias áreas “en vías de desarrollo”, para lo cual era necesario introducir un vocabulario conceptual propiamente politológico (Almond, 1960). Años más tarde, Robert Dahl (1961) escribía un “epitafio” al conductismo, el cual había llegado a su límite debido a sus excesos cuantitativos y descriptivos. Unos años después la teoría de sistemas mostraría sus debilidades por la difícil “traducción” empírica de sus presupuestos (Finer, 1969). La perspectiva sistémica se convirtió en un punto de partida para el análisis de diversos fenómenos políticos, sobre todo a los aspectos relativos a los *inputs* y en específico el *political support* o apoyo político, que sirvieron de base para la comprensión de la estabilidad de los sistemas políticos (cfr. Weatherford, 1987). Pero no estuvo exenta de controversias, como su pretensión de sustituir al concepto de Estado, cosa que nunca logró; también, debido a que el sistema político y sus competentes son muy abstractos, ofrecen una parsimoniosa explicación teórica, pero de difícil aplicación empírica salvo algunos conceptos que lograron operacionalizarse. Igualmente, centrada en la “persistencia” de los sistemas políticos, no permite visualizar los cambios, tanto de corto plazo como incluso las crisis de los mismos sistemas que llevan a transformaciones radicales. Al final la teoría de sistemas permaneció porque a pesar de todo sigue permitiendo la formulación de preguntas que orientan la investigación politológica (Morlino, 1989). Las críticas al conductismo y a la teoría de sistemas darían paso al predominio de la llamada teoría de la elección racional, pero esta igualmente sería criticada al señalarse sus principales falencias y límites tales como el reduccionismo que presupone sobre las decisiones de las personas, por la racionalidad limitada, así como sus fallos metodológicos fundados en sus pretensiones de universalidad (Green y Shapiro, 1994). Si bien nunca entró en crisis como “paradigma” en términos de Kuhn, pues sus defensores también señalaron los avances que la Ciencia Política logró gracias a sus postulados y la amplitud de sus aplicaciones empíricas (Friedman, et. al. 1996), su influencia se fue desvaneciendo, dando lugar a un pluralismo, una competencia de “programas de investigación” que hasta ahora permanece. Paralelamente al des-



vanecimiento de la teoría de la elección racional, se fue afirmando el nuevo institucionalismo, un conjunto de perspectivas que entre otros objetivos rescatan los efectos de las estructuras sobre los actores, pero centran su atención en las decisiones racionales, en el ambiente, en la cultura en la cual se desenvuelven las organizaciones y las prácticas informales que generan la persistencia de procesos, entre otros aspectos.

Empero, la sucesión de teorías vistas como paradigmas no permite responder a la pregunta ¿por qué y en qué medida algunas teorías se mantienen vigentes o no? Una forma de dar respuesta a estas preguntas es precisamente tratarlas como programas de investigación a la manera de Lakatos como se ha descrito anteriormente. Un ejemplo de ello son las diversas versiones del institucionalismo, que pueden clasificarse en clásico y nuevo. Tratados como “paradigmas” cada uno ha tenido su periodo dominante, pero como “programas de investigación” se puede notar que continúan en competencia. El institucionalismo clásico es un programa de investigación que tiene como núcleo las causas y consecuencias de las instituciones políticas y como adoptan los valores políticos de la democracia liberal. Se caracteriza por el estudio de los acuerdos de tipo formal-legal (estructura política) y sus métodos son esencialmente descriptivo-inductivos, de allí deriva el hiperfactualismo, y el formal-legal e histórico-comparativo. Su heurística positiva, decir sus hipótesis auxiliares son a) el constitucionalismo, que da cabida tanto al enfoque formal-legal como al reformismo liberal-democrático, y; b) la ciencia de la administración, que es “el estudio de los acuerdos institucionales para la provisión de servicios públicos” (Hood, 1995) así como el estudio de las burocracias públicas (Rhodes, 1995). El cinturón protector del institucionalismo es amplísimo, las investigaciones llenan bibliotecas enteras y han definido el desarrollo de las políticas por décadas. Pero precisamente por ello las críticas son diversas pero se pueden resumir en, primero, su rigidez teórica, que tiende a segregar otros elementos para comprender el poder que quedan fuera de su radar comprensivo; segundo, el hiperfactualismo, como consecuencia de lo anterior, las descripción profunda crea una desnutrición teórica, y termina promoviendo la veneración por los hechos como si estos hablaran por sí solos, y; tercero, el formalismo metodológico, que lleva a formular comparaciones sumamente cerradas sin considerar los aspectos informales de los fenómenos políticos.

El neo-institucionalismo, o mejor dicho, sus diversas versiones, surgen como un programa de investigación muy a *posteriori* del predominio del ins-



titucionalismo clásico, y tienen como núcleo firme analizar los procesos por los cuales las instituciones desarrollan sus características particulares, y describir, las formas en que estas características influyen en el comportamiento de los miembros de la institución. Se centran en el cambio institucional, y la complejidad como característica de las sociedades contemporáneas. Debido a la inconsistencia de la evidencia empírica sobre lo que se considera una institución, las evaluaciones son diversas. Por ello su heurística positiva es más amplia y genera hipótesis auxiliares diferentes: a) el institucionalismo político, parte de la racionalidad limitada, la insatisfacción de los resultados, y las decisiones orientadas; b) el institucionalismo económico, se centra en la estabilidad y el cambio institucional que deriva del cambio en los precios relativos; c) el institucionalismo sociológico, sugiere que la atención se debe orientar a los procesos cognitivos y las rutinas, ello ha permitido el renacimiento del conductismo ahora bajo la teoría de los *nudges*, campo de la economía conductual; y d) el institucionalismo histórico, que tiene perspectiva de largo plazo sobre el desempeño de las instituciones, observa las trayectorias dependientes, las coyunturas críticas y el *timing*. Así como su cinturón protector es amplio, igualmente lo son las críticas. Entre los neo-institucionalismos existe poca coherencia y consistencia, por lo que aún está en proceso de legitimación, y precisamente por ello no puede ser enteramente ignorado. Empero, su frase de batalla, el “redescubrimiento de las instituciones” es una afirmación falsa, pues las generalizaciones no normativas están en el origen de la Ciencia Política, por ejemplo, las diversas versiones de las teorías de las élites, y la misma autonomía de la política y el ejercicio del poder descubierta por Maquiavelo hace más de 500 años.

5. Problemas del desarrollo de las teorías en la Ciencia Política

La idea de paradigma de Kuhn es muy sugestiva y se utiliza constantemente en el lenguaje científico y coloquial para referirse a un conocimiento teórico que predomina en un área de conocimiento. Pero es insuficiente para valorar el rol de las teorías en la Ciencia Política. Si permite notar la vigencia de una teoría y su influencia en un periodo de ciencia normal, pero basada en la idea de crisis y sucesión de paradigmas, no explica por qué existen teorías que permanecen no obstante hayan perdido predominio. Los nuevos institucionalismos, como se ha explicado, no surgieron como crítica al institucionalismo clásico. Fueron nuevos programas de investigación, el conductismo y la teoría de sistemas, que abrieron nuevos periodos en la Ciencia Política,



poco tenían que ver con los preceptos del institucionalismo clásico y quizá sus críticas a este tuvieron menor impacto, porque no tenían la intención de sustituirlo sino de competir con nuevas explicaciones. De las críticas al conductismo, a la teoría de la elección racional y a otras perspectivas no politológicas, los señalamientos del ansia cuantificadora que creó el conductismo, al orientar una ciencia con datos pero sin teoría, es que derivaron los neo-institucionalismos. Pero éstos, más que sustituir al institucionalismo clásico lo fortalecieron, porque nuevamente centraron el valor de la teorización, sólo para descubrir que en realidad la Ciencia Política sigue siendo fuertemente institucionalista, pero menos rígida y más ecléctica.

Aún existe debilidad metodológica en los institucionalismos, en el clásico y los nuevos, de allí el valor de la perspectiva comparada, pues sin una metodología orientativa, los programas de investigación tienden a debilitarse pues no aumentan consistentemente sus hipótesis auxiliares, es decir, su heurística positiva. En la Ciencia Política los periodos de “ciencia normal”, el dominio de un sólo paradigma, son excepcionales y breves. Lo que explica la persistencia de las mesas separadas (Almond, 1988), la “competencia” entre paradigmas, pero cuando las hipótesis se cristalizan y no se ajustan a la realidad, generan “sectarización” y por lo tanto hacen lento el desarrollo de la disciplina. Existen factores exógenos que pueden favorecer el dominio de un programa o paradigma, por ejemplo, institucionalismo clásico en la Ciencia Política deriva de la influencia de otras disciplinas como el derecho, y este es monopólico en el Estado, el ámbito por antonomasia de la política moderna, de allí su vigencia como paradigma programa de investigación. Entre los programas de investigación hay periodos de crecimiento y decrecimiento, pero no necesariamente desaparecen como si puede suceder en otras ciencias y disciplinas como la medicina o la física. Y muchas veces no es necesario que exista consistencia en los postulados del núcleo o heurística negativa del programa de investigación para su predominio de un paradigma (cfr. Elgea, 1985). Por ejemplo, la fragmentación del programa “neo-institucionalista” parece ser una ventaja, pues al tener hipótesis auxiliares que en sí están en competencia, favorece la comprensión y la investigación sobre una mayor diversidad de procesos políticos.

No obstante, el paradigma institucionalista clásico es más poderoso por su vinculación con los valores liberales y consecuentemente con la democracia. Ambos programas, favorecen también el dominio de las teorías de alcance medio en ciertos espacios o ámbitos de competencia, pues son útiles



para la comprensión. Finalmente, quienes practican la Ciencia Política deben ser conscientes de los desarrollos teóricos de la misma disciplina, que le dan identidad y autonomía, y que si algo le ha dado consistencia científica es alejarse de las perspectivas que, más que teorías científicas, son ideologías, unos lentes que sólo permiten ver la realidad de una sola manera. Sobre este filo camina la Ciencia Política, y las teorías de la Ciencia Política vistas como paradigmas o programas de investigación permiten observar sus alcances y falencias, pero también delimitar su espacio como campo científico.

6.A manera de conclusión

Las teorías en las Ciencias Políticas, y de manera más precisa, la teoría política, históricamente han guiado intelectualmente la comprensión de los fenómenos políticos. Pero cuando a mediados del siglo xx la Ciencia Política buscó afirmarse como una ciencia empírica, se inició una separación —inicialmente casi un divorcio— entre el pensamiento político, clásico y moderno, que se nutría de todas las tradiciones histórico filosóficas, pero que prescribían o trataba de normar, para dar paso a teorías de alcance medio, o incluso sólo hipótesis de trabajo, que orientaran la investigación empírica, más inclinadas a la explicación y a la comprensión de fenómenos delimitados en tiempo y espacio, y que permitiera la creación de una Ciencia Política más rigurosa. A la “revolución conductista” le correspondió delimitar, por un lado, las diferencias entre las teorías (o filosofías) políticas que desde hacía siglos han acompañado las preocupaciones de la humanidad sobre la política y el poder; y por otro, el conocimiento teórico que se construye de la observación empírica y las inferencias causales, en ese caso, las conductas políticas, que vistas de manera abstracta construyeran un sistema simbólico útil para comprender sistemas políticos concretos. Se buscó que la Ciencia Política se diferenciara del conocimiento puramente deductivo sobre la política, y un lugar entre las ciencias sociales, pero delimitando su propia independencia (Easton, 1969, p. 23).

A partir de entonces, las teorías que han permitido el desarrollo de la Ciencia Política contemporánea se caracterizan por tener periodos de crecimiento, auge y declive, o más bien congelamiento, pero no desaparecen ni son sustituidas. Como toda teoría, su declive se debe a insuficiencias epistemológicas, la aparición de variables no previstas que las refutan, o porque carecen de elementos para comprender fenómenos políticos de amplio rango. Para complementar o superar sus falencias se recurre por lo general



a dos estrategias: a) tratar de “complementar” las explicaciones con teorías desarrolladas en otras ciencias sociales o “sustituir” los elementos de la explicación originaria con los presupuestos de otras teorías (v.g. elección racional que deriva de la economía). En otro extremo, b) se vierten explicaciones que parten de posicionamientos ideológicos sobre la política, que de facto preconiben cualquier relación de poder a partir de un marco rígido de interpretación (v.g. marxismo y sus derivaciones).

Entonces, el primer problema de las teorías en la Ciencia Política es que sus dinámicas de corrección o adecuación no parten de mejorar sus explicaciones de manera endógena, sino que se recurren a factores teóricos exógenos. El segundo problema de las teorías en la Ciencia Política es su (aún) débil capacidad de predicción no obstante la amplia acumulación de conocimiento sobre la política. Ello se debe a tres factores: 1) si bien las teorías pueden ayudar a predecir, en la Ciencia Política existe una extrema precaución, o de plano un rechazo a hacerlo, la mayoría de los análisis políticos son de naturaleza *ex post*, y esta dinámica domina en la disciplina. Existe poco análisis *ex ante*, si bien los estudios prospectivos son conocidos, sus ventajas son poco valoradas, debido a que pierden vigencia una vez que cambian las variables sobre las cuáles se construye; 2) la “descalificación” o desconocimiento del conocimiento politológico de quienes practican la política, es decir, la superposición del conocimiento práctico o del sentido común sobre la teoría y el conocimiento científicos; y finalmente 3) la relativa facilidad del deslizamiento de la teorías a las ideologías de quienes hacen Ciencia Política “comprometida”, comprometiendo —vale la redundancia— el conocimiento politológico *per se*. Este deslizamiento parte de los sesgos que pueden generar previas concepciones que derivan de respuestas equivocadas a ¿ciencias sociales para qué? o ¿Ciencia Política para qué?

El tercer problema deriva de las condiciones que enfrenta la Ciencia Política en el contexto que se desarrolla. Desde sus orígenes como ciencia, pero sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo xx, una gran parte del trabajo teórico de la Ciencia Política ha girado en torno a la democracia, sus principios, valores e instituciones, tanto en sus aspectos internos como externos; la teoría del Estado quedó relegada y en ocasiones casi olvidada. “Donde la democracia es fuerte la Ciencia Política también lo es; donde la democracia es débil la Ciencia Política también lo es”, señaló Huntington (1992), por ello la erosión de las democracias también ha deteriorado la Ciencia Política, lo que pone de manifiesto “tragedia” que identificó David



Ricci (1984) que de manera resumida señala que la disciplina ha generado mucho conocimiento, sobre todo dentro y sobre las democracias, pero no ha logrado sentar las bases que orienten sistemáticamente el comportamiento democrático, de líderes y ciudadanía. Esto se suma a su permanente condición de disciplina fragmentada en perspectivas, teorías, modelos, que no es un defecto en sí, pero si mantiene una dispersión y baja o nula comunicación entre sí.

La Ciencia Política ha terminado por ser víctima de su propio éxito, pues comparada con aquella que se desarrollaba hace más de cien años, hoy denota una alta profesionalización, es más rica en términos metodológicos, condición que favorece el predominio de las técnicas por sobre las teorías, pero al mismo tiempo fomenta el conformismo, la ortodoxia metodológica y baja o nula innovación explicativa. Como consecuencia, quienes hacen Ciencia Política se orientan por la competencia por una falsa originalidad lo que lleva a privilegiar temas marginales, conceptos obsoletos o irrelevantes y a cuestionarse poco sobre la relación teoría-métodos o sobre el valor intrínseco de la teorización.

En la Ciencia Política existe una menor autorreflexión sobre el conocimiento que genera y poca autocrítica, a diferencia de otras ciencias sociales donde la autorreflexión es continua, como en la sociología o en la psicología (Friedrichs, 1970). Ello deriva de diversos factores estructurales en los cuales se desenvuelve, quizá los más importantes es que es una ciencia que obtiene mayor autonomía a partir de la década de 1950, y también porque una parte de sus desarrollos han surgido de su relativa dependencia a la filosofía, el derecho, la economía y la sociología. En su necesidad de autoafirmarse como una ciencia con su propia identidad, en el siglo XXI se volcó en supeditar sus avances en las técnicas y el método más que en las teorías, o más bien, a separar las teorías. Por ello el análisis crítico de los desarrollos de la Ciencia Política se ha centrado más en los temas y problemas que han concentrado su atención en determinados momentos históricos, y que a su vez han influido significativamente en su desarrollo interno; pero también en las metodologías que orientan sus investigaciones y que tienden a dominar en ciertos momentos. Así sucedió por ejemplo con el “movimiento Perestroika” en el año 2000 en Estados Unidos, que se enfocó en criticar las tendencias metodológicas dominantes en la disciplina centradas esencialmente en técnicas que favorecen los análisis y estudios cuantitativos por sobre otras perspectivas (Monroe, 2005). A dicha crítica se le sumaría también



Giovanni Sartori (2004), y aunque tales posicionamientos se circunscribían a la Ciencia Política que se desarrollaba en Estados Unidos, se replicaron en otras latitudes. Quizá sólo hasta ahora se están empezando a sentir los efectos de dichas críticas, pero ello no significa que hayan horadado tales tendencias dominantes, si acaso apenas fueron señalamientos que abrieron la puerta a otras perspectivas que en ese momento no eran visibles.

7. Bibliografía

- Almond, G. A. 1960. "A Functional Approach to Comparative Politics", en G. A. Almond y J. S. Coleman, *The Politics of Developing Areas*, Princeton: Princeton University Press.
- Almond, G. A. 1988. "Separate Tables: Schools and Sects in Political Science.", 21(4), pp. 828–842. <https://doi.org/10.2307/420022>.
- Andreski, Stanislaw. 1972. *Las ciencias sociales como forma de brujería*, Madrid: Taurus.
- Barceló, J., Paik, C., van der Windt, P., & Zhai, H. (2025). "A Global Ranking of Research Productivity of Political Science Departments". *PS: Political Science & Politics*, 1–12. doi:10.1017/S1049096524001239.
- Bunge, Mario. 1985. *Seuodociencia e ideología*, Madrid: Alianza.
- Cohn, Jonathan. (1999). "Irrational Exuberance. When did Political Science forget about politics?" *The New Republic*, october 15, 1999. <https://newrepublic.com/article/78956/political-science-irrational-exuberance>.
- Colomer, J. M. 2013. "La Ciencia Política va hacia adelante (por meandros tortuosos). Un comentario a Giovanni Sartori". *Revista Española de Ciencia Política*, (14), 41–45. <https://recyt.fecyt.es/index.php/recp/article/view/37419>.
- Dahl, R. 1961. "The Behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest". *American Political Science Review*, 55(4), pp. 763–772.
- Della Porta, Donatella y Michael Keating. 2013. "¿Cuántos enfoques hay en ciencias sociales? Introducción epistemológica", en *Enfoques y metodologías de las ciencias sociales*. Madrid. Akal. pp. 31–52.
- Easton, David. 1969. "Introducción. Estrategias alternativas en la investigación teórica" en *Enfoques sobre teoría política* (Easton, comp.), Buenos Aires: Amorrortu.
- Elguea, Javier. 1985. "Progreso científico y teorías del desarrollo nacional", en *Estudios Sociológicos*, vol. III, núm. 9, pp. 515–544.
- S. E. Finer 1969. "Almond's concept of the political system. A textual critique", *Government and opposition*, 1969, pp. 3–21.
- Fayerabend, Paul. 1986 [or. 1975]. *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos.
- Friedrichs, Robert. 1970. *Sociología de la sociología*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Friedman, J. (Ed.). 1996. *The Rational Choice Controversy: Economic Models of Politics Reconsidered*. Yale University Press.



- Green, Donald P. e Ian Shapiro. 1994. *Pathologies of Rational Choice Theory: A Critique of Applications in Political Science*. New Haven: Yale University Press.
- Habermas, Jürgen. 1978. "Teoría analítica de la ciencia y la dialéctica", en V.V.A.A. *La lógica de las ciencias sociales*, México: Grijalbo.
- Hempel, Carl G. 1979. "Formulación y formalización de las teorías científicas", en F. Suppe, *La estructura de las teorías científicas*, Madrid: Editora Nacional, pp. 281-291.
- Hood, C. 1995. "The new public management in the 1980s: Variations on a theme", *Accounting, organizations and society*, 20(2-3), pp. 93-109.
- P. Huntington, S. 1992. "Ciencia política y reforma política de alma en alma." *Estudios Políticos*, (12). <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484903e.0.12.59727>.
- Khun, Thomas S. 1972. "Los paradigmas científicos", en B. Barnes y T. S. Khun, *Estudios sobre sociología de la ciencia*, Madrid: Alianza, pp. 79-102.
- Lakatos, Imre. 1982. *Escritos filosóficos I. La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza.
- Marx, Carlos. 1959 [or. 1894]. *El capital. Crítica de la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Monroe, Kristen R. 2005. *Perestroika! The Raucous Rebellion in Political Science*. New Haven: Yale University Press.
- Morlino, Leonardo. 1989. "Epitaffio per un approccio di successo: il sistema politico", en A. Panebianco (ed.) *L'analisi della politica: tradizioni di ricerca, modelli, teorie*, Bologna: Il Mulino, pp. 71-87.
- Mulkay, Michael. 1972. "El crecimiento cultural en la ciencia", en B. Barnes y T. S. Khun, *Estudios sobre sociología de la ciencia*, Madrid: Alianza, pp. 125-140.
- Popper, Karl. R. 1977. *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*. Madrid: Tecnos.
- Ricci, David M. 1984. *The Tragedy of Political Science: Politics, Scholarship and Democracy*. New Haven and London: Yale Univ. Press.
- Rhodes, R.A.W. 1995. "El institucionalismo", en David. Marsh y Gerry Stoker (eds.), *Teoría y métodos de la Ciencia Política*, Madrid: Alianza, pp. 53-68.
- Sartori, G. 2004. "Where Is Political Science Going?" *PS: Political Science and Politics*, 37(4), 785-787. <http://www.jstor.org/stable/4488908>.
- Swedberg, R. 2016. "Before theory comes theorizing or how to make social science more interesting". *The British Journal of Sociology*, 67: 5-22. <https://doi.org/10.1111/1468-4446.12184>.
- Suppe, Frederick. 1974. *La estructura de las teorías científicas*, Madrid: Nacional.
- Taagepera, R. 2008. *Making Social Sciences More Scientific. The Need for Predictive Models*, Oxford, Oxford University Press.
- Weatherford, M. S. 1987. "How Does Government Performance Influence Political Support?", *Political Behavior*, 9(1), 5-28.
- Wallace, Walter L. 1971. *La lógica de la ciencia en la sociología*, Madrid: Alianza Universidad.
- Weber, Max. 1973 [1922]. *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires: Amorrortu.

